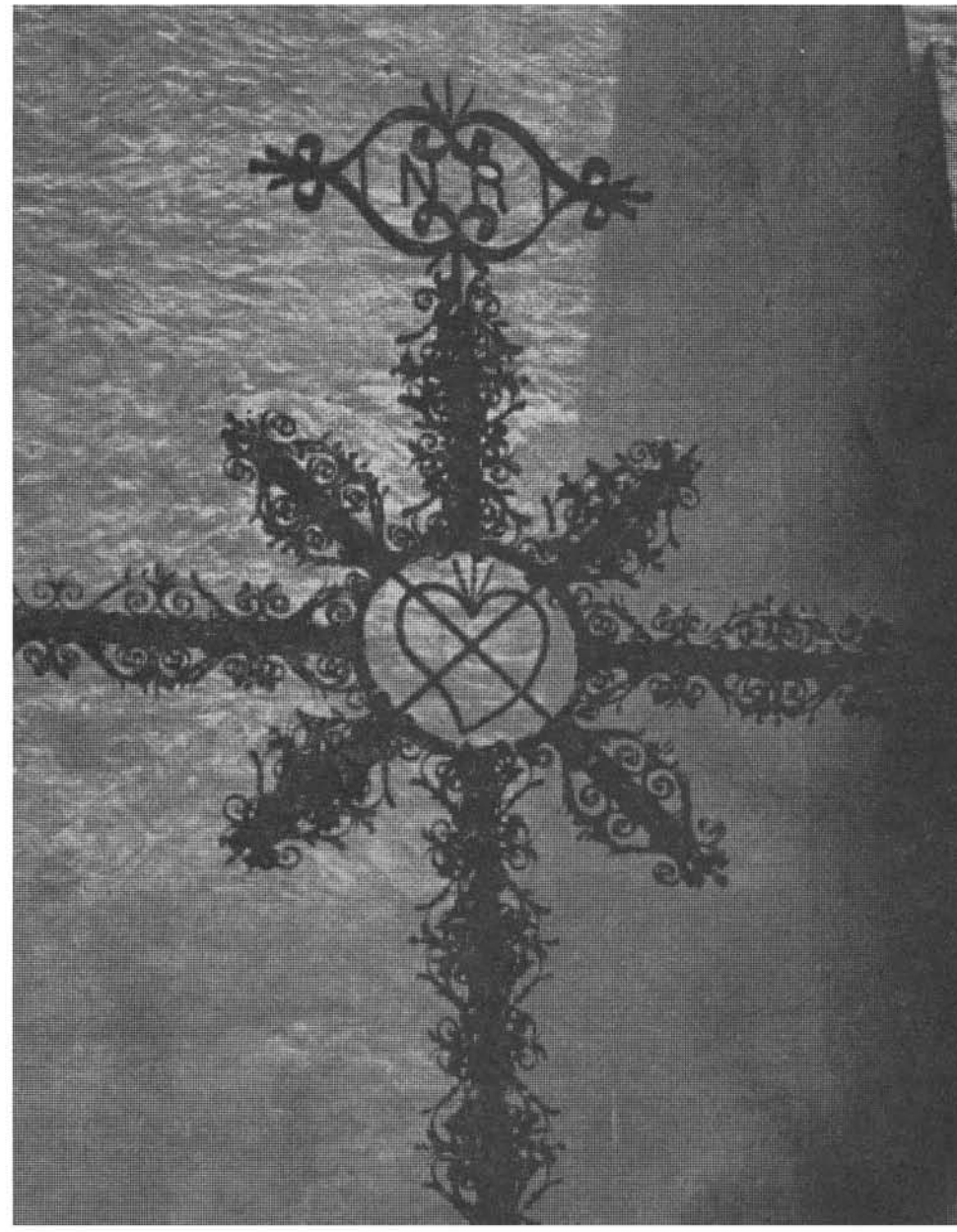
Elementos para el análisis de la educación de las mujeres

Sara Lourdes Cruz

Será posible que a finales del siglo XX aún nos sigamos haciendo la pregunta de ¿qué sucede con la educación de las niñas en la escuela, si es diferenciada a la de los niños, si ésta es sexista? Si realizáramos esta misma pregunta a padres y madres de familia, a maestros y maestras me parece que negarían que esta situación exista, quizá considerarían que en la actualidad niños y niñas tienen el mismo derecho y posibilidades educativas y que son tratados por igual, sin discriminación alguna en razón de su sexo; que la educación no sólo no es sexista sino que es integradora.

Habrá que reconocer que en este terreno se ha avanzado considerablemente respecto a la educación que tuvieron nuestras madres y abuelas; el sexismo en la educación ha cambiado, se ha hecho más fino y difícil de detectar; las formas de discriminación son más sutiles y no tan evidentes a la vista humana, toda vez que se oculta tras los argumentos de las diferencias individuales y el orden "natural" y hasta "divino".

Históricamente, se consideraba que los hombres y las mujeres tenían destinos diferenciados en la vida y por ello se justificaba darles una educación también diferenciada aunque en teoría, se decía, de igual valor; argumento que no se sostenía en la práctica social. Explícitamente Rousseau, sostiene que las niñas deben ser educadas para la dependencia, a diferencia de los niños, que tienen que ser educados como seres autónomos. Bajo este modelo no es necesaria una educación formal para las niñas; esta exclusión, en lo que hace a los niveles medio superior y superior permanece para ellas hasta principios del siglo XX mientras que a la instrucción básica fue posible acceder gracias a que se vio conve-



niente que las muchachas pobres tuvieran una forma de ganarse el sustento, además de que era mejor para los hijos tener una madre educada, argumento este último legítimo basado precisamente en la función que se consideraba, debía ser su papel femenino básico.

El valor de la educación no está en tela de juicio, es claro que no hay mejor inversión que la educación, que ésta es una garantía de desarrollo, de crecimiento, de expansión, de prosperidad y de posibilidades de un futuro más justo y equitativo; tampoco, institucionalmente hablando, dudamos que este valor debe alcanzar también a las mujeres, más aún, se ha llegado a establecer como uno de los indicadores para considerar que un país es desarrollado, el tener incluido en sus reportes el Índice de Desarrollo Humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el cual utiliza la dimensión de disparidad o discriminación entre los sexos y es una herramienta para analizar la pobreza en forma desagregada. Aún en países como Japón y Suiza los valores de sus índices de desarrollo descienden considerablemente cuando se toman en cuenta las disparidades entre los sexos.

Las estadísticas indican que en México el porcentaje de analfabetismo en la población de 15 años y más es de 8.4% para los varones y de 12.7 para las mujeres; que en este mismo grupo de edad, la población sin instrucción o con primaria incompleta alcanza 29.6% en los hombres y 33.6% en las mujeres. Si tomamos en cuenta que la población es ligeramente mayor de mujeres que de hombres, este porcentaje se incrementa aún más.

En lo que a promedio de escolaridad se refiere, este grupo de edad, especialmente en poblaciones de menos de 15 000 habitantes, representa 5.3 años para hombres y 4.8 para mujeres.

Más allá de las cifras y su necesario análisis, nos toca intentar hacer un esfuerzo por presentar algunas alternativas que mitiguen y, a no muy largo plazo logren erradicar la problemática, tarea ésta, nada sencilla teniendo en cuenta que el problema mayor no radica ni en las leyes, ni en las instituciones como tales, sino en la barrera más difícil de suprimir, que es la ideológica: son muchos siglos de negarle a las mujeres un mismo valor como seres humanos, para que de la noche a la mañana o, por decreto, se modifiquen las estructuras mentales de unos y otras e incorporemos una visión de equidad en cada uno de nuestros actos.

Hay algo que parece quedar claro, que la clave de acceso a este cambio, está en el magisterio, es desde esos terrenos que podemos llegar a la mayoría de la población y sobre todo a aquellos seres humanos en proceso de formación. De poco sirven los discursos sobre la equidad y la gran necesidad de educar a las mujeres, de poco sirven los cambios en los programas y libros de texto sí, a través del curriculum oculto, todos los días se alimenta a niños y niñas con ideas sobre lo que la sociedad espera de ellos, si todos los días se les recuerda que hay barreras, estilos, modos de ser y de pensar que están determinados e inamovibles mucho antes de que ellos nacieran, que hombres y mujeres tienen un rol y éste, en principio, debe cumplirse.

Si lográsemos incidir en el profesorado, si éste fuese sensible al tema, si mirara a través de esa tan llevada y traída perspectiva de género, el estado de las cosas tendería a la transformación paulatina; día con día otro ser humano caería en la cuenta de que hay que invertir más en la educación de las mujeres, que al final será en beneficio de la sociedad en su conjunto.

Ahora, ¿cómo lo haremos?, esa es la gran pregunta:

- Habrá que comenzar por modificar el lenguaje, nuestro lenguaje, todos los días debemos hacer un esfuerzo por darle visibilidad a las mujeres y las niñas, a través de la delimitación de su propia identidad.
- Deberemos unir esfuerzos autoridades, grupos organizados y formadores de maestros, en la nada fácil tarea de modificar un sistema patriarcal que finca el valor de los seres humanos en el sexo de pertenencia.
- Incorporar en todos los análisis que sobre este tema se realicen, que la educación no se circunscribe a la escuela, que no es sólo la educación formal la que está incorporando los esquemas de género en niños y niñas; entonces en la tarea de revalorización de los géneros no habrá que descuidar la influencia de la familia, los medios de comunicación y los diferentes grupos sociales, quienes participan en forma voluntaria o involuntaria en el proceso de apropiación de estos roles.
- No debemos descuidar la idea de que la educación es para la vida, así entenderemos que no basta con propiciar el crecimiento de la mitad de los seres humanos, o los incorporamos a todos, o la sociedad no puede progresar y superar el rezago.

- Habrá que trabajar intensamente en la búsqueda del respeto a la diversidad, no sólo entre los sexos, sino entre las etnias, los discapacitados, la niñez, los adultos mayores y todos aquellos que de algún modo son diferentes.
- No será una, ni dos las estrategias que tengamos que emprender en la búsqueda de la equidad de género, habrá que idear una red de estrategias para atacar por todos los flancos el problema: talleres, pláticas, círculos de discusión, campañas de conscientización, etcétera.

Estos planteamientos constituyen un aporte para el análisis, de ninguna forma pretenden ser exhaustivos y menos estar concluidos. Planteo que el resto debe ser una discusión seria y sistemática para decidir las acciones a desarrollar. ♦

